

mi vez una parte de esos bienes que vos habeis despreciado.

El misionero movió la cabeza, y respondió: —

—Y toda vuestra vida direis: “¡Tengo sed....!” Toda vuestra vida desearéis aumentar esos falsos bienes, sin que jamás consigais ver saciados vuestros deseos.... Sin embargo mi apreciable compatriota yo os deseo un éxito feliz.... ¡Que Dios bendiga vuestros trabajos....

—Yo os ofrezco el primer diezmo de mis futuras riquezas: replicó Octavio apretando la mano que le habia alargado el misionero.

—Y yo lo aceptaré, para socorrer á algunas personas necesitadas que están allá abajo.... pues yo no tengo necesidad de nada.

Al pronunciar estas palabras el sacerdote se alejó y Octavio al verle marchar, dijo interiormente: —

—¿Será verdaderamente dichoso, léjos de todo lo que á mis ojos encierra tantos atractivos? ¿Dichoso porque se encuentra amando á Dios....? ¿Dichoso, á pesar de todo lo que ha dejado en su patria....? ¡Qué problemas!

Octavio volvió á emprender su trabajo, pensando siempre en aquel hombre que en medio de los goces y de la vida civilizada, no habia encontrado mas dulzura que la de despojarse de los bienes terrenos otra libertad que los lazos que le ataba al Eterno, mas dulce reposo que el trabajo, ni otra dicha que las privaciones y los padecimientos.

VI.
EL INDIIO PABLO.

El perseverante trabajo de Octavio no habia producido aun grandes resultados; pero su obstinada voluntad, no desmayaba por estos contratiempos. Habíase internado mas y mas en las montañas siguiendo una vena que habia abierto; y que, aunque poco productiva, alimentaba entre tanto sus esperanzas por medio de algunos insignificantes sucesos obtenidos de tarde en tarde. Nada aflojaba su ardor; ni la fatiga, ni el fuego abrasador del clima que le obligaba á sufrir todas las caprichosas intemperies.

Con frecuencia la tempestad le sorprendía en medio del trabajo; y sin guarecerse tenía que soportar todo lo que un huracan de la zona tórrida encierra en sus ondas y en sus llamas. Un día, puesto de espaldas contra una roca cuya cumbre se inclinaba un poco, aguantaba Octavio en silencio un horroroso aguacero, mezclado de deslumbrantes relámpagos, á los cuales uniéndose el ruido de los truenos, imprimian un carácter majestuoso y grave á la terrible escena. En este crítico instante llegó á pasar por allí un indio bastante anciano envuelto en un *zarape* y apoyado en un baston de fierro. Al ver á Octavio se detuvo, y notando que sus vestidos estaban empapados de agua, le dijo en español:

—La tempestad durará mucho. . . . ¿Quereis venir á esperar el fin de ella en mi casa que no está lejos de aquí?

Octavio, aunque sorprendido por la invitacion, admitió al punto el favor; y echó á andar, tras de su guia aunque con trabajo porque el agua y los relámpagos le cegaban. El indio tomó un senderito internado entre las rocas que conducia á un estrecho valle, donde hervian las aguas de un riachuelo trocado ya en torrente. Una cabaña construida con *adobe*, se elevaba en medio de este valle; y un hermoso jardin donde crecian con abundancia y en agradable confusion las flores, las legumbres y la fruta cercaban aquella. Un fuerte vallado de álces armado de for-

midables espinas, defendian la cabaña contra los animales feroces.

—Aquí teneis mi casa; dijo el indio: bien venido seais á ella.

Diciendo estas palabras abrió la puerta de la vivienda que presentaba un aspecto sumamente pobre. Una mesa, un armario y algunas sillas ordinarias en madera tosca, algunos vasos de barro, un crucifijo y una imágen iluminada de la santísima Virgen, componian todo el adorno de la pieza principal. Pero cuando encendieron fuego en la cocina, y pudo Octavio secar sus vestidos, y consideró lo apacible y bien defendida que estaba la casita contra las tormentas, un sentimiento de tranquilidad inexplicable inundó su corazon.

La anciana y bueva mujer de su huésped, preparó una comida frugal compuesta de arroz, plátanos cocidos, frutas y sobre todo de sandias de un sabor sumamente agradable. Se puso por fin la mesa: los huéspedes de Octavio llenos de cordialidad dejaban ver sobre sus rostros la dulzura de esa raza indiana tan cruelmente destruida por los Europeos; y ambos parecian haber escapado de los vicios que la civilizacion ha llevado á aquellos desiertos. No bien acabaron de comer, se colocaron al rededor del fuego; y el indio que se llamaba Pablo, dijo á Octavio:

—¿Venis de Méjico, señor?

—No: yo soy francés.

—¡Francés. . . ! ¡Y sois buscador de oro! Venís de muy léjos para recoger algunas pepitas de metal.

—Pero ese metal es muy poderoso en Europa: con él se consigue todo.

Pablo movió la cabeza.

—Pero vos mismo, amable huésped, prosiguió Octavio con mas animacion, vos que parecis un hombre prudente, ¿no habeis ido á buscar nunca, á explotar que se encuentran cási á la mano?

—Nunca.

—De esa manera, ¿ignorais lo que es vivir?

—Yo sigo le ejemplo de mi padre que no es ciertamente un indio que ignora que estas montañas encierran inmensas riquezas, ya que este es el nombre que dan los europeos á las piedrecitas y al polvo de oro.

—¿Y vos habeis desdeñado recoger esas riquezas?

—¿Qué necesidad tengo de ellas, ni de qué me podian servir? Tengo una casa defendida contra los tigres y los huracanes: mi huerta provee á mi subsistencia y á la de mi mujer: la lana de nuestras ovejas nos da los vestidos necesarios que algunas veces cambiamos por tejidos de algodón; de suerte que no carecemos de nada. ¿Qué mas me pueden proporcionar las riquezas? ¿Mejor comida? ¿Cama mas hermosa? ¿Sueño mas descansado? ¿Vestidos mas lujosos? ¿Un corazon mas contento. . . ? La única pena que he tenido en toda mi vida ha sido la muer-

te de mi hijo Anastasio. . . . ¿Podria el dinero salvarle de la muerte. . . ? No; no señor: el oro no es el bien del alma; y cuando háyais recogido bastante, no sereis por eso ni menos viejo, ni menos quebrantado. . . . no sentireis menos los pesares. . . . (como yo la muerte de mi hijo), ni dejareis de morir. . . .

No supo Octavio qué responder á la nueva lógica de un pobre hombre que vivia tan satisfecho con su suerte. Veía con cierta sorpresa que el misionero y el infeliz indio pensasen de la misma suerte: que colocados en los extremos de la escala civilizada, el uno en el mas alto grado de luces y de distinciones, y el otro en la ignorancia de la vida salvaje, se unian para despreciar el oro como un agente importante para hacer la felicidad del hombre.



con vigoroso brazo algunos piés de zanja: examinó atentamente la tierra, las venas de la roca; y después alzando la cabeza hácia Octavio que seguía todos sus movimientos con inquietud, le dijo:

—Señor; yo soy hijo de un buscador de oro, experto entre todos los indios de estas comarcas: me transmitió algunos conocimientos, y después de lo que he visto me atrevo á asegurar que nunca encontrareis en esta mina el suficiente oro para pagar vuestro trabajo. Dentro de poco vendrán las aguas: este agujero se desbordará de agua. . . . Creedme, buscad otra vena: ahondad otra parte, ó cambiad el curso de uno de los mil arroyos que bajan de los montes, con el fin de recoger el precioso polvo que corre con sus olas; pero sobre todo no os obstineis aquí en seguir un trabajo que no nos causa sino pérdida segura. . . . No guarda este terreno ni las venas de estas rocas oro ninguno. . . .

Octavio escuchó esta sentencia con un profundo pesar: cuatro meses de continuos trabajos veía perdidos por aquella sola palabra. Conocía que era preciso comenzar, sobre nuevos gastos, un trabajo penosísimo: jugar todavía á esa extraña lotería el tiempo precioso, las fuerzas y la juventud, la salud y el escaso sueño que componían su fortuna. Pero ¿aquel cambio le prometía por ventura, la suerte que iba á buscar otra vez? Al pensar así sintió en su corazón la emoción y la rabia del jugador que habiendo per-

dido ya su parada se prepara á arriesgar sobre la última carta, su vida y su porvenir, y que no sabe si este cambio en cuyas manos se pone, le guarda la miseria ó la opulencia, la alegría ó la desesperación. Pálido y con los labios cerrados, ayudó al viejo Pablo á subir: después empujó con el pié en la improductiva mina algunos fragmentos de roca, diciendo con fingida sangre fría.

—¡Busquemos en otra parte!

Pablo le deseó un cambio favorable en su suerte, y le dejó para volverse á su apacible cabaña. Octavio anduvo todo el día de un lado á otro, examinando los trabajos de los mineros, probando pero en vano las ventajas que se le presentaban. Al anocheecer se encontró cara á cara con uno de los mineros que él conocía de vista. Parecía que todas las reflexiones de Octavio se reflectaban sobre la frente de aquel desgraciado hombre que se adelantó bruscamente, y le dijo en mal francés.

—¿Qué tal va, señor mio? ¿Habeis sido dichoso en vuestra empresa?

Octavio levantó los hombros y respondió solamente.

—¿Y vos?

—¡Yo! . . . dijo el minero afectando un aire des-
embarazado, al través del que se dejaba conocer su íntima tristeza: ¡Oh! yo.... yo no hago cuenta mas... yo renuncio al oficio. . . .

—¿Segun eso habeis encontrado? . . .

—Nada, señor, absolutamente nada, Después de cuatro meses de trabajos, de horribles fatigas; después (y esto es lo peor) de haber abandonado en Baltimore mi país natal, una profesion honesta que me daba lo suficiente para vivir decentemente, después de tantas esperanzas y sacrificios, me encuentro mas pobre que el primer dia. El placer en que he trabajado por tanto tiempo no me ha producido nada.

—Así me ha sucedido á mí con el mio: dijo tristemente Octavio.

—Voy á partir muy en breve: prosiguió el americano; y ya lo hubiera hecho antes sí. . . .

—Acabad.

—Si hubiera tenido los fondos necesarios para el viaje: volveria á mi casa. . . . ¡Ah! bien sé que ya no la encontraré con el brillo que la dejé, porque mis pequeños negocios, mi parentela, todo en fin puesto en otras manos, habrá sufrido algunos trastornos; pero tengo valor, y viviré de un trabajo diario. . . . Se burlarán todos, sin duda, del californiano, del miserable buscador de oro, del ambicioso. . . . este será el castigo de mi imprudencia. . . .

Al pronunciar estas palabras con voz entrecortada, el americano procuró contener sus lágrimas; lágrimas amargas de dolor y de arrepentimiento que inundaban sus ojos.

Octavio se conmovió, y tendiéndole la mano le dijo.

—Señor Thónson, vendedme vuestro placer. Arriesgaré aun esta jügada; y si no me es favorable, tambien yo me volveré á mi patria.

—¿Me hablais de veras? ¿Quereis comprar mi placer?

—Palabra de honor.

La venta no tardó en hacerse; y al concluirla dijo el afligido americano.

—Voy á salir esta misma noche con una caravana que se pone en marcha para los Estados-Unidos. Os deseo un suceso feliz. . . . No esteis jamás tan alucinado como yo. . . .

Octavio pasó una noche agitadisima: algunas veces se arrepentia de su compra, y otras pensaba en aquellos trabajos fabulosos que al fin habian coronado una firme perseverancia. Al brillar el alba, corrió afanado hácia la mina abierta por Thónson: la examinó atentamente, y le pareció tan pobre como la que él habia abandonado la víspera: quiso entonces escavar mas adelante, en la roca viva, sobre la cual se arrojó con una especie de delirio. El sudor resbalaba sobre sus miembros, y sus brazos estaban ya desfallecidos, cuando llegó á un enorme pedazo de piedra durisima que estaba quitada de su lugar. Octavio la levantó con esfuerzo ayudado de su barra, y la hizo cambiar de lugar, pero un violento sacudimiento del corazon se apoderó de todo su ser.

Bajo esta roca se encontraban porcion de granos y pepitas de oro nacido allí mismo, amontonados en número infinito..... El ojo experto del minero, los reconoció al punto..... La fortuna tan soñada la tenia allí..... bajó los ojos, bajó sus manos..... ¡Extraña burla!..... Acababa de encontrar con el trabajo de una hora aquel tesoro en busca del cual habia andado el pobre americano tantos meses; y él salia rico y gozoso de aquel placer que el dia anterior habia abandonado Thónson desesperado de su contraria suerte.

Sin ocuparse en estas reflexiones, y asombrado con su fortuna, Octavio recogió el oro que constituía una riqueza extraordinaria. Durante algunos dias se ocupó exclusivamente en esta tarea, y cuando en fin calculó que no necesitaba de mas, se puso en camino para San Francisco, donde encontró un buque próximo á hacerse á la vela para Francia. Antes de partir envió un presente al misionero, quien lo aceptó para socorrer á sus enfermos, y otro á Pablo, el cual lo rehusó, diciendo que no tenia necesidad de nada.

Tambien quiso por delicadeza de conciencia, enviar algun dinero al pobre Thónson, pero supo que el infeliz habia perecido atravesando los desiertos que separan la California de los Estados-Unidos. Sí, supo que habia muerto por causa de tantos pri-

vaciones, de tantas fatigas, y tal vez de pesar por no haber encontrado las riquezas tras las que con tanto afan habia corrido, abandonado en medio del camino..... ¡Triste episodio, pero demasiado comun en estas lejanas y engañosas excursiones.